

NOTA ACERCA DEL DESCARTES DE VALÉRY

Acabo de releer los dos breves capítulos que Valéry dedica a Descartes (1) y he encontrado algunos conceptos que aunque poco profundos son interesantes, sin duda porque no se los encuentra en los graves y técnicos estudios sobre la filosofía cartesiana. Los franceses rinden culto al creador de la filosofía moderna, y lo hacen en todos los tonos, desde todos los puntos de vista y hasta con las mayores osadías. Al lado de un Descartes ya clásico, depurado por la crítica universitaria y con la rigidez y clara armonía de una matemática, surge hoy otro, más viviente, más cercano a la imperfección humana, ortodoxo un tanto vacilante, inclinado a la mística de los Rosacruces y hasta, parece casi imposible creerlo, metafísico poco convencido de su propia creación.

El Descartes de Valéry no corresponde ni a la figura clásica del padre de la filosofía moderna ni a esa concepción escéptica. Es un Descartes más simple que aquél, reducido a tres conceptos fundamentales — el de método, el de movimiento, el de medida — pero a la vez puro, “sin efectos ni estratagemas”, todo de una pieza y consubstancial con el desarrollo del pensamiento moderno, menos en el dominio literario donde, piensa Valéry, aún no ha pasado su obra de codificador. Valéry presenta su Descartes con una gran libertad y con cierta burlona altanería frente a los filósofos de profesión, y quiere explicarlo mediante un análisis psicológico que nos muestre cómo aparecieron en él esos tres conceptos básicos.

Esta motivación, aunque demasiado simple, no está exenta

(1) Valéry, *Variété II*, 7ª ed., 1930; los dos capítulos se titulan: “Fragmento de un Descartes” y “El retorno de Holanda”.

de interés. Como quiera que sea, creo útil analizarla, para establecer luego algunas apreciaciones generales sobre el valor de las indagaciones biográficas en relación a los sistemas filosóficos.

*

* *

El comentario de Valéry se desenvuelve en ocasión de un viaje a Holanda, país que como se sabe albergó al gran filósofo y donde viajó y estudió, solitario entre la multitud, por espacio de muchos años. El retorno de Holanda ofrece a Valéry ocasión para recordar, mientras el tren en pocas horas lo restituye a París, algunas circunstancias concretas que pudieran haber influido en la filosofía cartesiana. El ritmo del tren mueve a su compás el alma del viajero, y las ideas y los sentimientos toman un tinte extraño que sin excluirles sentido les da un relieve singular. Se ha dicho que el relato contenido en *La sonata a Kreutzer*, de Tolstoi, multiplica su eficacia y su progresiva angustia por el movimiento mismo físico que lo acompaña. Análogamente, y en el terreno intelectual, no conozco páginas mejores que éstas de Valéry, que interpreten con más justeza las imágenes fugaces, las pequeñas ideas que nacen y mueren, los fantasmas de un viaje en tren, a la hora en que el atardecer "simplifica los campos".

"Un viaje es una operación que hace corresponder ciudades a horas; pero lo más bello del viaje y lo más filosófico, está para mí en los intervalos de esas pausas". Valéry se entrega entonces — dice — a "una metafísica ingenua y mezclada de mitos".

"Lo accidental, lo superficial y sus vivas variaciones excitan, iluminan lo que hay de más profundo y constante en una persona hecha verdaderamente para los altos destinos espirituales. . .". Tal el origen humilde de las construcciones más atrevidas, y el filósofo, que es un excesivo, un sistemático, construye una deducción de la que no son capaces los demás.

El mismo nos da algunas nimias experiencias de viaje, capaces de provocar un alto comentario filosófico. El agua-nieve, el agua-espejo, el agua-charco, reflejando el agua-nube, el agua-vapor cuyas volutas se dislocan y disipan tras del tren. . . He

aquí el motivo de una cosmología del agua que, de hecho, realizó hace dos mil años el viejo Tales. O bien, cuando se encienden las luces del tren, un fragmento del propio rostro se refleja en el vidrio de la ventanilla, "retrato de hombre que permanece luminoso y constante" entre el huir de sombras; hasta que al acercarse a él, casi como queriendo identificar dos mitades de un mismo yo, consíguese sólo eclipsarlo y convertir imagen y persona en el caos profundo. . . Esto es, apariencia y realidad, problema eterno entre realismo e idealismo.

*

* *

Valéry imagina a Descartes en Amsterdam, contemplando en el ocio de sus paseos de eterno viajero la actividad de un pueblo entregado al comercio. Aquí está la pequeña ocasión, el estímulo externo que en un alma dispuesta despierta la meditación. "Cabrias, poleas, máquinas simples y todas esas maniobras de manutención que del dique a la bodega, de la bodega al dique, mueven la materia de intercambio, son preciosos objetos de contemplación para semejante aficionado de mecánica y de cosas cuantitativas. . .". "Hallábase todo él rodeado de ocasiones matemáticas y solicitado a cada instante por una multitud de pequeños problemas que en una cabeza tan sólida debían volverse grandes. Poca cosa basta: un tonel que pierde el equilibrio, un montón de granos que se acumula, un cable roto. . . y aun una manzana que cae, para arrojar a un hombre de espíritu en la dinámica universal". "Ningún sitio más favorable, ningún medio que alimentara más la meditación del gran propósito de nuestro Richelieu intelectual que este teatro del negocio en que *la medida* reina soberana. En un puerto, todo es manifiestamente, abiertamente, brutalmente métrico. Casi toda la actividad que en él se observa se gasta en contar, alinear, estibar. El número y el orden gobiernan allí, visiblemente, todos los actos, y nada ocurre que no se valúe en toneladas, libras, celemines y aforos diversos. . .".

Tales circunstancias ¿constituyeron realmente la ocasión primera en que tomaron origen las ideas de orden matemático y mecánico que son propias del cartesianismo? Difícil es suponerlo. Si Valéry, en las ingeniosas reflexiones que comento, postulara una tesis objetiva, respecto de un Descartes también objetivo (y no se concretara como es de creer que lo hace a una bella fantasía literaria) muchas razones habría que oponerle. El viaje a Holanda lo realizó Descartes a los treinta y tres años, cuando ya sus ideas se hallaban virtualmente y aun explícitamente definidas. Antes de la partida a Holanda había pensado las *Regulae ad directionem ingenii*, que se publicaron mucho después póstumas; y la concepción de la ciencia y el mismo Discurso del Método, según se desprende de la autobiografía en él contenida y de otras pruebas más, ya se habían gestado en él, durante la época de meditación apasionada que constituyeron sus viajes de Alemania. Por otra parte, ya conocía las ideas y los trabajos de Kepler, de Galileo, de Bacon y del mismo Harvey cuyo *De motu cordis* es de 1629 (el mismo año en que Descartes llega a Holanda). En realidad, la interpretación mecánica y cuantitativa de la naturaleza es una característica de la época, aun más manifiesta y enérgica en Galileo que en Descartes, y que bastante tiempo antes se insinuaba en el *schematismus latens* de Bacon. Y si damos tanta importancia como estímulo a la máquina del comercio, para llegar a pensar la gran máquina del cosmos; no es más lógico pensar que en Descartes y en cualquier otro, ahora y siempre, el más gran estímulo para pensar un orden mecánico es la regularidad de movimiento de los astros? ¿No es más prudente también y menos catastrófico, pensar que la concepción mecánico-matemática surgió de toda una suma de pequeños indicios, de experiencias cotidianas, de lecturas, y aun de conceptos y construcciones *a priori*? La consideración del ambiente de Amsterdam no podía ser, en todo caso, sino una de las tantas experiencias corroborantes para un espíritu inclinado a ver las cosas de cierta manera, pero nunca uno de esos estímulos poderosos que inician y determinan una visión del mundo. En la vida de Descartes, como en la de todo gran filósofo, existen estos estímulos fecundos, pero hay que buscarlos más bien, no en el período de Holanda, que es ya de madurez y cristalización, sino en el

de Alemania. Por supuesto, Valéry está en su perfecto derecho al imaginar un Descartes que simplificó un proceso complejo mediante las ideas de extensión y movimiento. No lo tiene, en cambio, al dar demasiado relieve a una experiencia que no encierra mayor singularidad y toma a Descartes, en ese punto, ya espiritualmente formado. Así como poco nos interesa y poco creemos que la caída de una manzana haya sido el por qué ni aun incidental de la teoría de la gravitación, poco nos interesa el indicio mecánico de Amsterdam. Son fantasías más o menos ingeniosas y que podrían multiplicarse al infinito y mediante las cuales suélese construir ilusorias teorías de la invención. Otras experiencias sí, son realmente explicativas, por ejemplo, los tres sueños de Descartes joven, y para referirnos a un ilustre contemporáneo, el éxtasis de Pascal una noche de 1654.

*

* *

Por lo demás, Descartes al ver ese pueblo comerciante en su labor de intercambio no veía sólo máquinas. Aunque comerciantes eran hombres, es decir, un muy mal estímulo para pensar una integral concepción mecánica. Y de hecho, el espíritu para Descartes no es *res extensa*, sino *res cogitans*. He aquí un punto que Valéry no ha visto claramente. No es posible suponer ese mundo humano, flemática y mecánicamente entregado con toda docilidad a su papel de autómeta, como máquina entre máquinas. Su humanidad, por más ínfima que haya sido, debió manifestarse en mil indicios, y sobre todo en la voz y el gesto libre, cosas irreductibles a la idea mecánica. Los muñecos que solíase fabricar entonces y que ejecutaban series complejas de movimientos, ellos sí eran *res extensa*, cosa mensurable y simple, no estos hombres cuya misma rudeza hace más clara su substancia humana.

Valéry intenta explicar por qué Descartes, frente a ese mundo, no llega sino a conceptos de orden mecánico. Señala él, dos actitudes fundamentales frente a la multitud. El hombre de las muchedumbres, aquél que Poe caracterizara tan admirablemente, vive el constante vaivén de los hombres que pasan y su pensamiento mismo es arrastrado por esa marea. Más que

explicar ese mundo humano recibe su influencia y es pasivo de sus impresiones. En cambio, la otra actitud es explicativa porque se mantiene independiente y es como un instrumento que mide. Y la misma multiplicidad de los individuos y la repetición — el término medio — quitan valor humano intrínseco y orientan el pensar hacia la ley, es decir, hacia la máquina. “Tal en medio del tráfico y de los holandeses en acción, Descartes aislado y no insensible contemplaba su comercio y su vida como lo hubiera hecho respecto de alguna máquina desconocida. Descartes ausente y presente, abstraído de sus discursos, de sus intereses, de sus gustos, de sus pasiones y de sus costumbres, con la fuerza que le daba el no mezclar allí nada de sí, encontrábase colocado en la masa viviente de su nación extranjera como un instrumento de medida que se sumerge en un medio y se retira a voluntad para leer lo que marca. Alma bien dividida, genio mismo de la distinción y del orden, la serie de sus pensamientos volvíase con facilidad independiente de la agitación de vida que lo rodeaba. . .”.

Pero entre el hombre movido por la muchedumbre y que por eso mismo no la comprende, y el Descartes de Valéry que explica mecánicamente porque no conoce ni idioma, ni intereses, ni costumbres, ni pasiones, es decir, lo concreto humano, cabe una tercera forma de mirar que es, en realidad, la única auténtica. Explicar puede ser esquematizar, pero a los hombres se los comprende viviendo su vida, y el Descartes verdadero, como el mismo Valéry lo concede, no era de aquellos que se encierran exclusivamente en sí mismos; no era como los filósofos de gabinete que los cuadros de Rembrandt nos muestran, y que, para expresarnos con el mismo Valéry, segregan ellos mismos su esfera de conocimiento. Descartes también había multiplicado voluptuosamente su pensar, en el retiro caldeado de su Alemania juvenil; pero siempre fué un contrapeso en él su pasión por los viajes, su contacto siquiera sea de ensueño con las cosas concretas. Y que sabía ver al hombre como ser afectivo y ético y como principio autónomo lo prueban su *Tratado de las pasiones* y toda su obra metafísica.

¿Cuáles son los beneficios de este análisis de la motivación concreta de las ideas cartesianas? No creo que sean muchos ni muy concluyentes.

En primer lugar, como ya decíamos, Valéry presenta sólo una parte de las ideas cartesianas, un "fragmento de Descartes", aquel que se refiere al método y a la concepción matemática de la naturaleza. Y esto no es suficiente refiriéndose a un filósofo sistemático. Omitir un concepto fundamental del cual dependen los otros es condenarse a un error inevitable. El concepto de la interioridad y la deducción idealista del mundo son elementos que nadie ignora y menos Valéry, pero no referirse a ellos puede hacer caer en apreciaciones que lejos de ser útiles perjudican la exacta caracterización de un hombre y de un sistema alrededor de los cuales se va acumulando hoy tantas dudas. Y es, de hecho, no hablar de Descartes, sino meramente presentar la visión mecanicista de una época. Y si Valéry en un momento dado corrige esta visión esquemática mantiene en la penumbra, sin darle el relieve necesario, a una noción realmente básica e ineludible.

En segundo lugar, no se ve por qué el afán de hablar de *un* Descartes, de *mi* Descartes y otras limitaciones análogas. Lo que a veces se presenta como modestia es, bien mirado, orgullo: y aquí lo es, sin duda, la presunción de dibujar una figura, no objetiva, sino a través de un temperamento. "No sé amar a una persona si no es rindiéndomela tan presente al espíritu que se convierta en algo muy diferente de sí misma". He aquí una clara manifestación de subjetividad, pero no es de creer que conduzca a algo definitivo y sólido. Será, en todo caso, una visión lírica, pero nada más.

*

* *

Como quiera que sea, un hecho importante ha de llamarnos la atención, porque plantea un problema de índole general. En todos los tiempos y hoy más que nunca, créese necesario, aun para caracterizar al sistema más lógico y abstracto, presentar la serie de circunstancias de hecho que corren paralelas a ese resultado y que acaso lo determinen. Necesitamos, a lo que parece,

construir una biografía si queremos entender un sistema. Las páginas de Valéry son un fragmento de esta biografía, y lo son también muchas otras de hoy, como si fuera una característica de nuestra manera de entender la filosofía, asociarla indefectiblemente a lo concreto que es la vida de un hombre. Y, sin embargo, teóricamente, parece que un sistema debiera valer en sí mismo, como vale para todos, la matemática, cuyo origen y desarrollo muy pocos saben.

¿A qué fin obedece, pues, esta necesidad de la biografía?

*

* *

Algunas hay cuyo fin es simplemente inspirar una simpatía inicial hacia el autor, que predisponga a leer con interés la obra. Biografías de este carácter son siempre modestas y pueden ser útiles, en cuanto dan más o menos vagamente un apoyo concreto a ideas que podrían verse como puras abstracciones sin relación con la realidad. Agradecemos la información esquemática de que Sócrates ha existido y de que vivió en tal época. Y la biografía aumenta su utilidad si aclara además algunas circunstancias de lugar y de costumbres sin cuyo conocimiento el texto es ininteligible. En tales biografías, la obra escrita, el resultado, el sistema de ideas es lo que importa. Y el relato biográfico es sólo un auxiliar: *ancilla philosophiae*.

Otras hay que pretenden desentrañar en la vida concreta del filósofo lo que hay en él de medular, de permanente y verdadero, de realmente sentido, con el fin de excluir de su obra escrita o de rebajarlo de nivel, lo que es sólo circunstancial, concesión externa a la época, o disfraz. Adam, en la biografía que precede la gran edición de las obras de Descartes, considera que las célebres *Meditaciones* no son sino una obra de circunstancia cuyo fin fué bienquistarse los teólogos de entonces. Una apreciación de esta naturaleza — de creer en ella — plantea este problema: ¿Dónde está el verdadero Descartes, en su *Metafísica*, hecha a desgano, y acaso con *arrière pensée*, o en su límpido *Discurso del Método*? Y este otro, además: ¿Qué es para nosotros Descartes, el hombre concreto cuya vida se desarrolló

de tal o cual manera, o su obra, incluso aquellas *Meditaciones* que debemos verlas en sí?

Otras biografías carecen de esta intención heurística y depurativa, y tienen otra, de índole escéptica. Vincular la vida con la obra, hacer corresponder cada concepto que el filósofo postula como eterno con *esta* circunstancia concreta, envuelve a menudo un propósito disolvente. El sistema, conjunto cristalino, se fracciona en lo amorfo y lo irracional. Un odio es causa de un postulado, un defecto construye una metafísica, una enfermedad cambia la intuición del mundo. Y cuando vemos un sistema a través de estos factores, se nos figura sólo espectáculo, epifenómeno, diríamos, pues su máquina ya la conocemos. Y con gusto lo empequeñecemos por odio a su orgullosa presunción a lo eterno, y por amor al fluir libre e ilógico del mundo de las apariencias.

Contra una biografía de esta naturaleza, un remedio queda, desecharla de plano y creer en un mundo intangible de las ideas.

ALFREDO FRANCESCHI.